

tomar ha jurado en vos
venganza de tal desman.

BERENG. Vos quién sois?

BALLEST.

Un ballestero
que á vuestro padre sirvió,
y que servir no pensó
á su hija de carcelero.

BERENG. *(Quitándose y dándole un anillo).*

Por el servicio tomad.

BALLEST. ¿Acaso paga merece? *(Resistiéndose á tomarlo).*

BERENG. No es premio.

BALLEST. Mas lo parece.

BERENG. Altivo sois.

BALLEST. Perdonad....

y el cielo os guarde. *(Inclinándose á besarla la
mano).*

BERENG. ¿Mi mano

quereis besar? No: tened. *(Levantándole y estre-
chándole la suya).*

BALLEST. *(Enternecido).* Señora, tanta merced!

BERENG. *(Lo mismo).* Adios, adios, buen anciano.

(Váse el ballestero).

ESCENA VII.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. Palencia el grito levanta
por mí! Pero ¿qué pretende?
¿Es que mis fueros defiende,
ó que en sus almenas planta
enseña de rebelion?

LEONOR. Es que en su justa clemencia
bendice Dios la inocencia
y confunde la traicion.

BERENG. No sé qué pasa por mí
desde que escuché ese aviso.
Dios mio! ¿Será preciso
no obrar como obré hasta aquí?
¿Yo sola habré de acertar
contra la opinion de tantos?
¿Si á ese sin fin de quebrantos?

habré yo dado lugar?

Mal satisfecha responde

la reflexion á esta duda,

y mal mi razon se escuda

con la autoridad del conde;

que la misma gocé yo

cuando á su anhelo cedí....

LEONOR. Y si no fuera por tí,
él no la gozará, no.

BERENG. Es verdad; nadie exigia
de mí sacrificio tal.

LEONOR. Y hoy acrecientas el mal
con tu insensata porfía.

BERENG. Ese clamor importuno
que aun arrostrando mi tedio,
me dice: «en tí está el remedio,
ó no hay remedio ninguno;»

ese universal clamor;
ese tremendo castigo

que el prudente don Rodrigo
impone al gobernador;

el repentino alzamiento
de un pueblo que el timbre goza

de fiel, y hasta de Mendoza
el bajo y audaz intento,

y la afliccion en que me hallo
¿serán avisos que envia

el cielo á la mente mia?
¡Con qué de dudas batallo!

Divino espíritu! Dame
un rayo de inspiracion

que ilumine mi razon
y en puro anhelo me inflame!

Débil quizás con exceso,
quizás criminal he sido;

conmigo sé que he cumplido;
con otros, no, lo confieso.

A los mismos que hoy me oprimen
cuanto pidieron les dí;

resistir pude y cedí:
¿fué virtud esto, ó fué crimen?

LEONOR. Pues ¿qué teme, qué vacila

quien su duda así declara?

La verdad se ostenta clara,
y la rectitud tranquila.

Oh! Ya la victoria fundo
en tu ingenua confusion.

Hostil á toda ambicion
te admira y aplaude el mundo;

y pues á tu alma sencilla
solo el sacrificio agrada,

haz el de ser desdichada,
y harás feliz á Castilla.

BERENG. Feliz! ¿Lo será conmigo,

que he de mostrar mi prudencia,
ó cobarde en la indulgencia,

ó sangrienta en el castigo?
¿Que he de mantener ilesos

y honrados á los traidores,

ó trocar con mis rigores
los suspiros en procesos?

¿Y la mágica vislumbre
del áureo solio empañar,

enseñando yo á escalar
en un antojo su cumbre?

Ilusion, sueño, delirio
es, Leonor, tal empresa:

mi incertidumbre ya cesa;
solo me es dado el martirio:

y lo sufriré animosa,
que en tan apurado trance,

nada es posible que alcance
sin condicion afrentosa.

¡Adios por siempre, esperanza,
hoy ya febril desvario!

¡Adios por siempre, hijo mio!
No llores, no, tu tardanza,

que si me frustra el consuelo
de tu grata proteccion,

designios del cielo son,
y siempre es benigno el cielo.

Y ahora, cruëles, venid;
saciad vuestro encono ahora:

mujer soy, mas no me azora

temor alguno.

(*Entra precipitadamente D. Gonzalo por la izquierda. Doña Leonor al verle da un grito de sorpresa, y doña Berengueta vuelve la cabeza.*)

LEONOR.

Ay!

ESCENA VIII.

D. GONZALO.—DICHAS.

GONZALO.

Huid!

Huid!...

BERENG.

(*Con amarga ironía*). Me oísteis?

GONZALO.

Señora, esa estrecha galería....

LEONOR.

(*Impaciente*). Ah! ¿qué....

GONZALO.

No ignorais que llega á una bajada sombría....

LEONOR.

Sí; por ella se salía en otro tiempo á la vega; y un postigo al pié del muro....

GONZALO.

Esta es la llave. (*Sacando y entregándole una*).

LEONOR.

Træed.

GONZALO.

Presto la fuga emprended, que en pechos de mármol duro jamás hallareis merced.

Gente aguarda apercebida que á donde eligiéreis vos segura os deje y servida, y con gualdrapas y brida, palafrenes para dos.

BERENG.

Lograré inmortal renombre! Al veros en tal acucia, pensando estoy, no os asombre, que teneis de Lara el nombre, pero que os falta la astucia.

GONZALO.

Señora....

LEONOR.

Partamos!

GONZALO.

Sí,

por piedad! á vuestros pies (*Haciendo demostracion de arrodillarse.—Doña Berengueta se lo impide*). vedme.—Alejaos de aquí!

- Por vosotras y por mí....
y aborrecedme despues!
- BERENG. Imposible!
- GONZALO. No se humilla
quien huye de un hombre aleve.
Sabed que un veneno debe
dejar huérfana á Castilla!
- LEONOR. Ay!
- BERENG. Venga si viene breve.
- GONZALO. Huir os mando.
- BERENG. Vos?
- GONZALO. Yo!
Recordad que no pasó
á uno solo el poder: halo
mi mano tambien.
- BERENG. Gonzalo!
- GONZALO. Qué tarde acordásteis!
- GONZALO. Oh!
Es verdad.... pero....
- BERENG. Acusada
de un crimen estoy.
- GONZALO. Yo os juro
por la justicia sagrada
que ha sido invencion forjada
en conciliábulo oscuro.
- BERENG. Pues ya mi pecho respira.
¿Qué debo entonces temer?
- GONZALO. Ah! No lo sabeis?... Mi insano
delirio, sí, que me lanza
á desgarrar con mi mano
el corazon.... Oh venganza!..
- LEONOR. De quién?
- BERENG. De quién?
- GONZALO. De mi hermano!
(Leonor se cubre el rostro con las manos; Berenguela aparta la vista horrorizada, y despues de una breve pausa, dice):
- BERENG. Raza de bárbaros! Dios
no lo permita!
- GONZALO. Luché
tanto tiempo.... para qué?
—Fratricida me haceis vos!



Mi sangre derramaré!

LEONOR.

Piedad! Piedad!

BERENG.

Falso.—Tuyo

es el propósito, impío;

mas ya me aparto del mío,

y arriesgo mi fama, y huyo

de tales hombres.—Yo guio.

Vamos, Leonor. (*Dirigiéndose resueltamente á la puerta pequeña*).

GONZALO.

(*A Berenguela*). Menos dura

con mi desdicha os creí.—

(*A Leonor al pasar y con acento apasionado*).

Ay imposible hermosura!

El cielo os dé la ventura

que siempre me niega á mí!

(*Desaparecen las dos hermanas; él las acompaña hasta la puerta; se detiene un momento en ella, cierra, y se vuelve al proscenio*).

ESCENA IX.

D. GONZALO.

Tranquilo quedo ya.—Borron eterno
sobre el nombre de Lara echado hubiera

odio llevado á extremidad tan fiera.

Tranquilo!... Ay! Ojalá! Todo el infierno

sus negras furias contra mí parece

desatar y mover, y horrendo abismo

tras riesgos mil ante mi vista ofrece.

Mas ¿de qué me lamento, si yo mismo

soy mi mayor contrario? Amor risueño

á mis ansias amantes respondia:

temí un desden, y abandoné mi empeño:

la culpa fué de la modestia mia.

Pude mi gloria en la sublime esfera

del solio colocar: de alma vil era

proceder con engaño fementido;

débil al fin me sometí á un hermano,

y hoy la infame traicion con él divido.

¡Sombra inseputa de mi rey! En vano

tus postrimeros ayes al olvido



me esfuerzo en dar, que el pavoroso arcano....
Mas ¿porqué este temor? Callarlo ahora
por tiempo mas la lealtad me veda.
Al sol que feneció, de nueva aurora
el esplendor benéfico suceda....
Oh! No será por mí, que una amenaza
á devorarlo en mi interior me obliga!
¿Y un hermano ha de ser.... Suerte enemiga!
¡Maldita obligacion la que á él me enlaza!
(Queda callado y pensativo, y aparece D. Alvaro por
la izquierda, mostrando cierta intencion siniestra
en su rostro y en sus ademanes).

ESCENA X.

D. ALVARO.—D. GONZALO.

ALVARO. (Al entrar). Llegado es el momento.—
(Reparando en su hermano). ¿Quién....
(Sorprendido). Gonzalo!
Aquí te encuentro! ¿Con qué fin....

GONZALO. Da gracias
al celo fraternal, que hoy te preserva
de indigno crimen y perpetua infamia.
ALVARO. Celo tú?... Será cierto?... ¡Qué sospecha....
(Reconociendo con inquietud la escena).
Oculta no ha de estar. (Volviéndose á él).
Qué es de la infanta?

GONZALO. Lejos respira ya.
ALVARO. Lejos?
GONZALO. Y libre
de tu encono.

ALVARO. Te burlas?... ¿Quién osara....

GONZALO. Yo mismo, yo!
ALVARO. Mentira!
GONZALO. Aun esa puerta
de su huella fugaz vestigios guarda.

ALVARO. Qué has dicho? ¿Tú.... Desventurado! El cielo
te condena á morir. (Echando mano á la espada).

GONZALO. (Con serenidad). Sí, sacia, sacia
tu furor de una vez.

ALVARO. (Sacando la espada). Mi acero busca

- ... sangre!
GONZALO. (*Inmóvil y con sarcasmo*).
En mí la hallará, y odiosa, y baja
por lo que tiene de la tuya.
- ALVARO. Mientes,
que reniega de tí. Y hable tu espada.
(*Poniéndole al pecho la suya*).
—Defiéndete, cobarde!
- GONZALO. No! Asesino
has sido siempre: selo ahora.
- ALVARO. Oh rabia!
Si mas me incitas, lo seré.
- GONZALO. ¿Qué dudas,
que mi enemigo corazon no pasas?
Quíteme el ser quien el amor me quita.
- ALVARO. Pues ¿cuándo, vil, merecerán tus ansias
poner los ojos donde yo los ponga?
Lástima solo tus designios causan;
y ocioso aquí.... ¿Qué tardo? (*Corriendo á la ven-
tana del fondo y gritando*): Caballeros!
Venid! Alerta, ballesteros, uardias!
(*Volviendo al foro*).
Merced á tu traicion, debo á la fuerza
mi destino fiar: la fiesta y galas
de mi intentado enlace, en triste estruendo
se trocarán de belicosas armas.
Arda Castilla dividida en bandos:
no halle piedad el que vencido caiga,
ni aun en el pecho de su propio hermano.
—Ya rumor se oye.
- GONZALO. ¿En esos tu esperanza
te atreves á poner? Frágil apoyo
á tu empresa darán venales almas.

ESCENA XI.

MANRIQUE. MENDOZA. CABALLEROS.—DICHOS.

- MANRIQUE. Conde, aquí estamos. Qué quereis?
MENDOZA. ¿Qué nuevas...
ALVARO. Brazos de la nobleza castellana,
testigos sed del vilipendio nuevo

hecho á mi autoridad.

MANRIQUE. Quién, quién la agravia,
y en qué decidnos.

ALVARO. Ambiciosa, altiva,
urdiendo sin cesar inicuas tramas,
por esa puerta que al postigo lleva,
la reina de Muñon, como la llaman
sus parciales y amigos, se ha fugado.

MANRIQUE. Se ha fugado!

MENDOZA. Es posible!

ALVARO. En pos arrastra
á su hermana Leonor; y ella y los suyos,
que juraron aquí fiera venganza,
el tumulto engrosando de Palencia,
nos retarán á desigual batalla.

MANRIQUE. Sus pasos atajar antes conviene.

ALVARO. Mi proyecto acertásteis. Presta caiga
sobre ellos nuestra ira: los mejores
caballos elegid; que á disparada
flecha asemeje su veloz carrera.

Paguen por fin su revoltosa audacia;
pague nuestra enemiga las zozobras
que de continuo nuestro pecho asaltan,
y mas que todo el horroroso crimen
que á vuestro fallo someter pensaba.

MENDOZA. Cual?

ALVARO. Despues lo sabreis.—Gente tenemos
con exceso, y á mas abandonada
quedará Otella por industria mia.

MENDOZA. Llegó el ansiado instante. Solo falta
que el niño rey á nuestra frente puesto,
de su oscura inaccion al cabo salga,
pues su prestigio....

ALVARO. No temais.

MANRIQUE. No es cuerdo
que estrene su valor contra una hermana.

ALVARO. A Palencia! á lidiar! De nuevos logros
granjeemos el precio á nuestras casas.
Los títulos que aun llevan los traidores
ennoblezcan aun mas nuestras prosapias;
que el botin de la guerra es hurto honroso.
Y ahora, por la cruz de aquesta espada

juradme lealtad!

UNOS. Todos!

OTROS. Juramos!

MENDOZA. Por el rey!

MANRIQUE. Por don Alvaro de Lara!

(Salen todos atropelladamente; D. Alvaro delante con la espada desnuda, detras Mendoza, Manrique y los demas caballeros. D. Gonzalo los sigue á paso lento, triste y meditabundo).

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Patio del castillo de Otella. Un arco en el fondo que comunica con la entrada del edificio. Otros dos á derecha é izquierda que conducen á los alojamientos interiores. En primer término, y al lado que parezca mas conveniente, el brocal de un albigense, dispuesto de manera que pueda servir de asiento. Discurren por la escena varios ballesteros y soldados que conversan entre si.

ESCENA PRIMERA.

UN CABO. BALLESTEROS.

CABO. Yo no diré tanto.

BALL. 1.º No?

Pues por fin que no habrá herejes de mejor traza.

BALL. 2.º Seguro.

Tiene gesto de albigense.

BALL. 1.º Dios me libre del tal conde: las armas de sus jaqueles le cuadran que es maravilla: sierpes lleva, y él es sierpe. En tiempo de doña Urraca, si nuestros padres no mienten, el conde don Pedro fué un escándalo perenne. Su hijo Nuño, el retador de su rey, metió en un brete á los Castros, y á la corte

y á Castilla, por hacerse
con la tutela del niño;
y hoy su nieto, que nos tiene
el sufrimiento apurado,
no digo perro albigense,
mas moro, y judío y diablo
en una pieza, ser puede.
—¿Qué nuevas habrá en Palencia?

BALL. 2.º Hasta que á sus puertas lleguen
los nuestros, nada sabremos.

BALL. 1.º La pobre reina ¡qué alegre
estará, viendo á su hermano
tras tanto tiempo!

BALL. 2.º Le quiere
como una madre.

BALL. 4.º ¿Qué mucho
si estuvo á su lado siempre?
Y luego aquí sin sus hijos!...
Si alguno al menos tuviese!

BALL. 2.º El mayor.

CABO. Ah! Don Fernando!
Mozo mas caball... Parece
que estoy viéndole. ¡Qué humilde,
qué galan y qué valiente!

BALL. 2.º Le viste en Leon?

CABO. En Toro
le ví diferentes veces.
¡Con qué nobleza acaudilla
él solo escojida hueste
de lanzas y de peones
que para adiestrarse tiene
junto á sí!

BALL. 2.º Bien nos vendria
un rey por acá como ese.

BALL. 1.º Un segundo Alfonso el Bueno.

CABO. Pues esperemos que en breve
se deshaga lo que hicieron
cuatro señores infieles.
Los pueblos están de parte
de la reina, y si no hubiese
ambiciosos de por medio,
y dineros y mercedes,

- ya hubieran gritado todos,
chicos y grandes, contra ese
conde rapaz y aitanero.
- BALL. 1.^o Y mientras eso sucede
quietos aquí.
- BALL. 2.^o Y encerrados
entre estas cuatro paredes.
- CABO. Qué hemos de hacer?
- BALL. 1.^o Una cosa
muy sencilla.
- CABO. A ver?
- BALL. 1.^o Tú que eres
nuestro cabo ¿no pudieras
con el señor de Meneses
interesarte....
- CABO. A qué fin?
- BALL. 1.^o Al de dejar este fuerte,
pues almogávares somos,
y este ocio no nos conviene:
el campo sí, y el lidiar
brazo á brazo y frente á frente,
como fieles, como honrados,
en fin como quien defiende
en Berenguela la patria
y el honor de nuestros reyes.
- CABO. Cuando nos tienen aquí...
mas decidme ¿y si disienten
las otras mesnadas....
- BALL. 2.^o No;
que en lealtad nadie vence
de Giron á los piqueros,
ni de Haro á los montañeses.

ESCENA II.

TELLEZ. VILLAMAYOR. GUZMAN.—DICHOS.

- TELLEZ. ¿Quién ha sido el que quejoso...
- CABO. Quejoso nadie; impacientes
por menear las tizonas
están no mas.
- TELLEZ. Pues esperen.

¿Tan mal los tratan, y danles
de yantar hasta en manteles?
BALL. 1.º Mejor yantáramos yerbas
si de pan la lid sirviese.
TELLEZ. ¿Quién ir á lidiar desea?
VARIOS. Todos!
TELLEZ. Basta.—Sois valientes,
mas no siempre los sucesos
á gusto de todos vienen.
Asaz habreis ocasiones
de pelear, ora acepte
nuestras demandas el cielo
mejorando nuestra suerte,
y volviendo contra el moro
las hoy divididas huestes;
ora nuestro auxilio invoque,
ultrajada nuevamente
la noble señora, blanco
del furor de hombres alevosos.
—Velad en tanto. La guarda
del torreón se refuerce,
y siga la puente echada
hasta ver si nuevas vienen.
(Vanse los ballesteros y el cabo por el fondo.)

ESCENA III.

TELLEZ. VILLAMAYOR. GUZMAN.

TELLEZ. Dicen bien esos soldados;
mas conservar este fuerte,
que otro asilo no nos queda,
tambien nuestras armas deben.
De Berenguela en auxilio
Rodrigo y los otros vuelven,
no se impute á cobardia
su inaccion, ó á que se sienten
del desaire que les hizo;
que así los nobles proceden.
GUZMAN. Y entretanto que ignoramos
si dudosa permanece
en el Madrigal, si su ida

- TELLEZ. á Palencia es la que mueve tan repentino alboroto, Haro y Giron se detienen en Toro mas de lo justo, y nuestra penuria crece. Ya el sol camina á su ocaso.
- TELLEZ. Que así, Guzman, desalientes! Tras este vendrá otro dia.
- UN BALLEST. *(Que sale por el fondo.)* En el cabo de la puente, un hombre que nuevas trae, aguarda licencia....
- TELLEZ. Que entre. *(Váse el ballestero.)*
- (A Guzman). Lo oyes? Ya nuevas tenemos.
- GUZMAN. Si son adversas....
- TELLEZ. Qué fueren: en el yerro y la desdicha se prueban las almas fuertes.
- VILLAM. De Leon será quizás algun emisario.
- TELLEZ. *(Mirando hácia el fondo.)* Ah! vedlé. Para venir de tan lejos, poco cansado parece.

ESCENA IV.

UN MANDADERO.—*Los mismos.*

- TELLEZ. Buen hombre, llegad acá.
— Qué traéis?
- MANDAD. Vengo....
- TELLEZ. Sed breve.
- MANDAD. Yo, señor, soy leñador en el monte de Paredes. Caminaba con dos haces á Palencia, y casi enfrente del Madrigal.... mas decidme: quién es don Alfonso Tellez?
- TELLEZ. Yo soy.
- MANDAD. Pues una señora que no me dijo quién fuese, (digo, iban dos, muy gallardas

- en lucidos palafrenes)
dióme hasta cuatro mitgales,
y me encargó que viniese
á deciros que dejéis
abandonado este fuerte;
que huyendo á Toro se va;
y que si andais diligentes,
os juntareis en la raya,
pues marcha sin detenerse.
- TELLEZ. (Con extrañeza).
Eso dijo?
- MANDAD. Y sollozando,
como quien oculto tiene
algun pesar.
- GUZMAN. (Al Mandadero). Iban solas?
- MANDAD. Seguidas de seis ó siete.
- TELLEZ. Caballeros?
- MANDAD. De á caballo
por lo menos.
- GUZMAN. (A Tellez y Villamayor). Qué os parece?
- TELLEZ. (Al Mandadero).
Cuánto hará de eso?
- MANDAD. (Como dudando). Tres horas....
(Se retira á un lado, y desaparece con cautela).
- TELLEZ. Los nuestros escasamente
podrá hacer una.... No sé
de tal novedad qué piense.
- VILLAM.
- GUZMAN. Ni yo tampoco.
- Ni nadie.
- ¿Quién á calcular se atreve....
- ¿Quién sabe si es hoy Palencia
tan leal como encarecen
los nuestros? Ni ¿qué victoria
han de lograr dos mujeres?
Al ver colérico al Lara,
y á la reina tan prudente,
el pueblo, ingrato ó medroso,
pagado la habrá en desdenes.
- VILLAM. Pero si aun ignoramos....
Mas ¿cómo tan de repente
ha salido el mandadero? (Haciendo demostracion de
ir en busca suya).

TELLEZ. Dejadle: nada mas puede declararnos, y hartas pruebas tenemos de que no miente. Pero ¿á qué en pláticas vanas gastar el tiempo? Conviene decidir qué hacemos.

GUZMAN. Oye, oye mi dictámen, Tellez. Salir de aquí no debemos porque un gañan nos lo ordene, ni á extraño reino partirnos, que fuera quedar inermes. Esto á la reina digamos por medio de un confidente, y que aguardarla juramos, y que la aguarda su hueste: que si así nos abandona, moriremos por ser fieles, pero no por quebrantar una palabra solemne.

TELLEZ. Voto á brios! ¿Reconvenirla en suma es lo que pretendes, sin saber si á la virtud, su norte eterno, obedece, ó á leyes que tú no alcanzas, ó á razones que no entiendes? Que moriremos! Muramos! mas no blasonando de héroes, que si lo hemos sido ó no, lo dirán los descendientes. Demos ejemplo á los siglos, pero en silencio elocuente, y márqueles nuestra sangre la senda de sus deberes.

GUZMAN. No mas, no mas.—Prosigamos resignados como quieres; y oh! ¡quién sintiera en su pecho el ardor que el tuyo enciende!

TELLEZ. Villamayor, nada dices?

VILLAM. ¿Qué diré yo que no exprese mi lealtad á la reina y mi gratitud á Tellez?

Mayordomo fui en la corte de Berenguela; quien lleve su voz, y su honor defienda, conmigo y mi espada cuente.

TELLEZ. Sí; nuestra empresa es de aquellas que un alma heróica prefiere, pues vencedora ó rendida iguales lauros merece. Ved á Guillen expirando en los adarves leoneses, sublime ejemplo, y afrenta de los mismos que le vencen; y ved al conde Garcia, maestro digno de reyes, que en Uclés halló sepulcro, y en todo el orbe laureles. Una mujer hoy nos guía á la gloria de los héroes. Respetemos sus quebrantos, que si no ciñe sus sienes corona que el mundo estima, es porque no la pretende; es porque el trono venera y el sagrado de las leyes, que en ser durables vinculan la magia de su ascendiente. (*Oyese rumor por la parte de afuera*).

GUZMAN. Calla, aguarda.—Extraño ruido! No oyes?

TELLEZ. Sí.

VILLAM. Cielos!

TELLEZ. (*Encaminándose hácia el fondo*). ¿Qué puede tan de improviso.... Salgamos. Si han sorprendido....

GUZMAN. No: tente!

ESCENA V.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. RODRIGO DIAZ. *Caballeros y soldados que entran detras de Berenguela atropellándose y gritando.*—DICHOS.

VOCES. Viva!

- y en Otella otra vez juntos nos vemos.
- TELLEZ. Oh furor inaudito! ¡Oh mengua, mengua de viles propia, y de cobardes pechos! Señora, respirad! Excesos tales llevan en sí la maldicion del cielo.
- RODRIGO. No halle paz ese monstruo. Aquí, ahora mismo la sagrada promesa renovemos de morir ó vencer!
- BERENG. Proyecto vano; y mas que vano, criminal proyecto!
- RODRIGO. Así un heróico corazon desmaya! Así se enerva el varonil esfuerzo de quien, terror de la maldad un dia, con diestra mano regulaba el cetro! No al privado interés, sino al de todos y al amor de la patria obedecemos. De que su bien y el vuestro unidos vayan, ¿quién nos podrá culpar? ¿Quién nuestro anhelo por criminal condena?
- BERENG. Mi conciencia, severo juez, que con terrible acento me grita: «No! que de venganza te hablan! No! que te ofusca su mentido celo!» ¿Para esto me seguís? ¿Para trocarme del rencor que os abraza en instrumento? Quisiéraos enemigos; más quisiera suspirar en tirano cautiverio; que en él al menos feneciera honrada; y entre vosotros hasta mi honra pierdo!
- TELLEZ. Sea, pues lo quereis; á vuestra plantas, á vuestra voluntad sumisos vednos: astillas morirán las nobles armas; con los pechos, señora, os cubriremos; y cuando absortos vuestra hazaña vean grabada en bronces los futuros tiempos, (que esta es nuestra ambicion) digan: «Los reyes mueren así, y así los caballeros!»
- BERENG. Tal sacrificio mi amistad no exige. De la vida y honor sin detrimento, podeis entrar con el de Lara en paces....
- TELLEZ. No, ni en treguas siquiera.
- BERENG. Que yo.... os dejo!

GUZMAN. Vos?

BERENG. Y parto á Leon.

GUZMAN. Ah! cuando?

BERENG. Ahora
que la ocasion se brinda á mis intentos.

TELLEZ. Oh madre, madre de Castilla! ¡Vanos
serán para con vos merecimientos,
y súplicas y lágrimas! ¡Tan duro
corazon encerrais en vuestro pecho!
Qué excusas oponéis? No el odio injusto,
ni el olvido siquiera de este pueblo,
ni nuestra ingratitud, ni el ser contados
los que secundan nuestro noble empeño;
que si el reino cruzais, menos los Laras,
no hallareis un contrario en todo el reino.
Vos el mando cedísteis; ni la fuerza
os lo arrancó, ni el desamor del pueblo....

BERENG. Por eso, Tellez, recobrarlo, fuera
usurpacion, delito, vilipendio.
¿Ahogué en su cuna la discordia, y quieren
que nazca hoy mas tremenda de mi seno?
De madre en balde el cariñoso nombre
me diérais.—Sí: lo soy!—Fingir no puedo
mas tiempo, no.... ni reprimir el llanto....
que no es al fin mi corazon de hierro!

RODRIGO. Señora....

BERENG. Hijos, adios! Esto es forzoso.
Sensible á vuestro amor, el sol, el cielo
envidiaré de mi querida patria,
suspirando por ella en mi destierro.
Sed leales al rey, niño inocente
en cuyo rostro mi postrero beso
no he podido imprimir.... ¡Ojalá viva
honrando el solio y restaurando el reino!
Hijos, llevo una pena: (*enternecida*) el no dejaros
memoria alguna de entrañable afecto!
Tan opulenta como fuí, tan pobre,
bien lo sabeis, á la sazón me encuentro.
Si de la parte de mi herencia un dia
restitucion, como presumo, obtengo,
menesterosos hay; ellos la hereden.
—Deuda es de gratitud antes que obsequio.

- (*Muestras de afliccion en todos los presentes*).
Qué! Llorais?... Almas débiles! (*Llorando*).
Yo propia
quisiera ejemplo daros.... No! Mostremos
fortaleza, mostradla!.... (*Breve pausa*).
- RODRIGO. Y don Fernando?
Partireis sin saber?....
- BERENG. Sí, porque temo
que infausta á todos su tardanza sea.
- TELLEZ. (*Con resolucion*).
Pues, señora, guiad, y os seguiremos.
(*Entra un ballestero á dar el siguiente aviso, y desde este momento hasta el fin de la escena, el diálogo adquiere mas animacion, y los interlocutores mas movimiento*).
- BALLEST. El real pendon por el camino asoma
con numerosa hueste. (*Vase el ballestero y detrás de él Guzman*).
- BERENG. Dios eterno!
Mis recelos se cumplen! ¡Oh tardía
resolucion!
- TELLEZ. Oh gozó! Ya el momento
anhelado llegó!
- BERENG. Ya es imposible!
Dios proteja mi causa!
- TELLEZ. Y nuestro esfuerzo!
Alentad, caballeros!
- BERENG. De estos muros
la lobreguez me espanta. Fuera al menos,
donde del sol los fugitivos rayos....
- RODRIGO. Señora, aqueso no. Glorioso empeño
os dicta el corazon, mas no es prudente....
- BERENG. Prudente ó no, nuestro deber llenemos.
- TELLEZ. Sí; no se diga de nosotros nunca
que en murallas fiados....
(*Aparte á Rodrigo*). Ellas lejos
del peligro han de estar). Pronto! A las armas!
- BERENG. A las armas decís? Tellez! Qué es esto?
- GUZMAN. Ya á la puente cercano, se adelanta
de ligeros peones un buen tercio,
y á su frente don Alvaro.
- TELLEZ. Menguado!

La puente alzado! A resistirlos! Presto!
Qué tardamos, señora?

BERENG. — Audaces! Como!
Con que pensais que resistencia quiero!
Con que al régio pendon... Malos vasallos!
de rodillas aquí le acataremos!

GOZMAN. No es el rey.
BERENG. Y ¿qué importa, si es su insignia?

¿No merece por dicha igual respeto?
TELLEZ. Un rayo me confunda antes que humille
á ese Lara despótico mi cuello!
Inerme vedme ya (*Arrojando la espada*).

Muerte segura
iré á buscar en su enemigo acero!

BERENG. Por piedad! Si la muerte no os detiene,
muévaos á compasion, muévaos mi ruego!

TELLEZ. Y á vos ¿qué os mueve?

BERENG. Lo dudais?

RODRIGO. Inútil,
inútil razonar! Ya es tarde.—Vedlos!

ESCENA VI.

D. ALVARO. SOLDADOS que le acompañan. (*Tellez que recoge su espada, y otros caballeros le salen al encuentro.—Doña Berenguela y doña Leonor con Rodrigo y los demas quedan en el proscenio*).— LOS MISMOS.

TELLEZ. Atrás!—¿Do vais, traidor? Este castillo
la huella de un tirano no consiente.

ALVARO. Alzado hubiérais sin temor la puente,
y echado la defensa del rastrillo;
y aun así sus murallas deshiciera!
Paso al conde de Lara!

RODRIGO. (*Adelantándose hácia él*). Afuera!

LOS OTROS. (*Lo mismo*). Afuera!

(*Los caballeros de doña Berenguela quedan formando dos grupos á entrambos lados de don Alvaro, en el uno Tellez, y en el otro Rodrigo. D. Alvaro en medio, y detras sus soldados. Doña Berenguela y Leonor permanecen en el proscenio*).

ALVARO. ¿Con impotentes alharacas, necios,